

Luz Marina Rivas
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá

En una entrevista acerca de su novela histórica *Maluco* (1989), citada en una reseña de Rubén Acevedo, decía el escritor uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León que esta había nacido de la dictadura: “Y si hay tanto sol, y tanto viento, y la libertad infinita del mar, y si está la aventura como modo de vida, y el soñar como filosofía de vida, esto es una respuesta a una sociedad en que todos (y no sólo los que padecieron cárcel y torturas), éramos prisioneros de nuestros propios miedos” (Acevedo 1189-1190). Es muy interesante que el escritor postule que la novela de aventuras puede apostar por la libertad como forma de reaccionar frente a la dictadura. Sin embargo, los capitanes de la expedición se enfrentan y luchan entre ellos muchas veces. Por lo tanto, a lo largo de la novela, tanto o más que el viaje, se hace importante el clima de miedo entre la tripulación, miedo a estar en el lado equivocado, miedo a ser echado al mar y que al día siguiente se haya borrado su memoria, entre sus compañeros, quienes dejarían de nombrar al desaparecido como si nunca hubiese embarcado. Se trata, entonces, de una clave para reconocer el clima de persecución vivido durante la dictadura de Stroessner, que había clasificado a la población en tres niveles de peligrosidad por su oposición al régimen.¹

Por otra parte, en un trabajo sobre *¡Bernabé, Bernabé!*, de Tomás de Mattos, también uruguayo, Cristina Míguez (2001), explica que esta novela forma parte de una “serie de novelas históricas (que) representaron la crisis y las transformaciones de la sociedad uruguaya a través de referentes históricos ciertamente lejanos” (147). En efecto, según lo desarrolla Míguez, esta novela de 1988, sobre el exterminio de los indígenas charrúas, con una alusión a los juicios de Nuremberg, coincidió con un referéndum realizado después de la dictadura en el que se enjuiciaría a los responsables de crímenes contra los derechos humanos.

Esto muestra, entonces, de qué manera los referentes históricos lejanos pueden dar cuenta, en tiempos de dictadura, de miradas sobre el presente. Se trata de un ejercicio contra la censura, mediante el cual los escritores consignan en la ficción de la historia lo que se vive en su país en su propia época.

Nos proponemos mostrar cómo *La escribana del viento* (2013), de la escritora venezolana Ana Teresa Torres, sigue esta línea de creación. El texto se construye como un palimpsesto, en el cual leemos una novela histórica y, entre líneas, vamos leyendo la Venezuela actual, a través de claves que la autora va diseminando a lo largo del texto.

La novela ficcionaliza la persecución que el obispo Fray Mauro de Tovar emprendió contra una familia de Caracas del siglo XVII en Venezuela, por el supuesto delito de incesto de dos de sus miembros. En la novela la lista de delitos se amplía a muchos más, como adulterio o la acusación a la matrona de la familia de no haber bautizado a sus hijos, entre otros. De acuerdo con la novela, las razones de esta persecución tienen que ver con la negativa de los hermanos mayores de la familia, a darle una fianza al obispo para que le permitiera a uno de ellos asumir el cargo de recaudador de impuestos sin pasar por la subasta reglamentaria del mismo. Esto le significaría cobrar un buen porcentaje de lo recaudado. Uno de ellos, Pedro, se sintió tentado por esta oferta, pero tal como le confesó a su hermano Gabriel, no tenía medios económicos para satisfacer la exigencia del obispo. Intentó que su esposa Beatriz, a quien no le brindaba ningún afecto, le cediera su dote, pero esta se negó, aconsejada por su tutor. Los hermanos no tenían bienes propios, por ser el fruto del primer matrimonio de su madre con un soldado. El padre murió asesinado por razones políticas y nunca se llegó a juzgar a los responsables. La madre volvió a casarse, esta vez con un hombre de origen canario que obtuvo altos cargos, como funcionario del imperio y que llegó a tener bienes que heredarían los hijos menores. Finalmente, Pedro no entrega la fianza y el obispo le declara la guerra a los Navarro y a los Ponte.

El ensañamiento del obispo llegó a la persecución encarnizada, a la tortura de varios miembros de la familia con el potro y con el cepo, incluida la madre sexagenaria, a quien, además, se le dio un trato denigrante al desnudársela de la cintura para arriba y obligarla a recorrer la ciudad sobre un burro mientras recibía latigazos; llegó también al asesinato, cuando ordena negarles alimento a tres hermanas monjas hasta que murieron de hambre y a la expropiación de los bienes familiares. La novela es una novela sobre el abuso de poder encarnado en el personaje del obispo, quien llega a Venezuela precedido de una fama que no auguraba nada bueno a los vecinos de Caracas:

Dicen también que de un machetazo le abrió la cabeza a un indio y que en las provincias de Granada y Honduras perjudicaba a los vecinos quitándoles las haciendas, y hasta llegó a apresar al gobernador de Granada y desterró al obispo de Comayagua, que ya era un anciano. Excomulgaba continuamente a aquellos que no se sometían a sus caprichos y cuando solicitaban la absolución les imponía penas pecuniarias inmensas. Lo mismo que hizo en Caracas. (30)ⁱⁱ

De hecho, en Caracas se enfrentó a los dominicos a quienes expropió sus bienes, a los mercedarios, a quienes no envió ayuda cuando perdieron su hospedería en un terremoto y luego les demolió un oratorio que habían construido; se enfrentó al gobernador, a quien “lanzó un exhorto (...) lleno de agravios y amenazas de excomuniación.” (98-99). El personaje del obispo, en los tiempos coloniales, por su corrupción, por la compañía de clérigos que se benefician de sus desmanes, por su extrema crueldad, parece revivir al dictador, arquetipo de la narrativa de la dictadura,

género tan propio de la América Latina de los años setenta. Tiene un poder omnímodo, sin nada que lo detenga. Quienes lo intentan resultan ser víctimas de persecución. Sin embargo, se separa de este arquetipo. El obispo carece de carisma, una de las características propias del dictador latinoamericano; no ha asaltado el poder violentamente, pues ha sido enviado para ejercer como obispoⁱⁱⁱ. No cuida las formas para aparentar justicia. Finalmente, es una caricatura de dictador. Se trata de un personaje monolítico, cuyo único sello es la crueldad ejercida con ensañamiento. En ningún momento de la novela, duda o se arrepiente. En ningún momento, vacila, ni el autor implícito indaga en su mundo interior. Todo lo que conocemos de él, lo conocemos por el discurso de sus víctimas. La manera como se subvierte el poder del obispo está en la escritura. La escritura lo reduce a la imagen que producen los testimonios de quienes han sufrido sus excesos y el discurso le es negado en la novela. El obispo no narra; es narrado. Y tal como lo dice la propia autora Ana Teresa Torres en un epílogo, “El lector habrá comprendido que no le dispenso al obispo muchas simpatías.” (380)

Una novela histórica escrita en Venezuela y publicada en 2013 que narra abusos de poder en los tiempos de la Colonia, entre los que se suman las torturas, las huidas al exilio, la presentación de autos para ser presentados en la isla de Santo Domingo, es decir, fuera del territorio de lo que era la provincia de Venezuela, las expropiaciones, el enfrentamiento con autoridades civiles legítimas, un discurso excluyente simbolizado en las excomuniones, resulta demasiado próxima para los lectores venezolanos. Sin embargo, esa cercanía no es explícita. Se explica por el contexto en que surge la novela

Durante los años de gobierno de Hugo Chávez Frías, entre 1999 y marzo del 2013, año de su muerte, los venezolanos vieron reducidas progresivamente sus libertades. Resulta interesante recordar la personalidad poderosa del gobernante, émula de caudillos del pasado, su manera de reducir a sus adversarios políticos a la condición de enemigos o de “objetivos de la Revolución”, a través de un discurso humillante (con el uso de apelativos como “escuálidos”, “plasta”, “apátridas” y verbos utilizados en campañas electorales, como “pulverizar”), su política de expropiaciones de industrias, haciendas y comercios, sus ataques a las autoridades de la Iglesia Católica que se le oponían; su manera de mantener bajo su voluntad todos los poderes, en especial el judicial, como se evidencia en su forma de avasallar al otro en casos emblemáticos como el de la jueza María Lourdes Afiuni^{iv} (que recuerda por su crudeza las torturas infligidas a Beatriz, la esposa de Pedro en la novela); todo ello parece tener ecos en *La escribana del viento*. Hacemos referencia a este caso en particular, que da cuenta de un ensañamiento sobre una mujer que sensibilizó a la opinión pública en los años inmediatamente anteriores a la publicación de la novela. Añádase también las comunicaciones de organizaciones no gubernamentales dirigidas a instancias internacionales para denunciar violaciones a los derechos humanos, prisiones injustificadas y diversos modos de persecución.

En la novela, son las mujeres quienes llevan la peor parte: Beatriz, torturada desnuda en el potro, descoyuntada, sometida a hambre y sed; Felipa, quien debe parir en la inmundicia de una choza que hace de cárcel y pierde a su criatura; Elvira, la madre, para quien se manda a construir un cepo especial, en vista de que tenía los pies hinchados; Paula, echada de su casa con sus hijos pequeños y los de su hermana, sin conseguir que los vecinos asustados le den abrigo; Catalina, abusada sexualmente por su propio hermano cuando tenía catorce años y acusada luego de incesto, para ir a prisión estando embarazada. Luego huiría a Coro, donde encontraría a su amante Bernabé para tener dos hijos con él antes de que este desapareciera en un viaje en el que buscaría una dispensa para casarse. Su pobreza la llevaría a entregar a sus dos hijos para vivir luego en la soledad mendigando y prostituyéndose para poder comer. De nuevo, en esta novela, como en novelas anteriores, Ana Teresa Torres muestra la historia desde la perspectiva femenina.

El epílogo, titulado “Testimonio de la autora”, da cuenta de la minuciosa investigación sobre los referentes históricos en torno al hecho del encarcelamiento de Jimena de Ponte y Campos, una joven de diecisiete años que, de ser cierto que mantenía relaciones incestuosas con su medio hermano Pedro Navarro, estas debieron comenzar cuando tenía entre doce y trece años. Los hechos de persecución y tortura narrados en la novela corresponden fielmente a las fuentes históricas revisadas por la autora, una amplia bibliografía reseñada en su testimonio, incluido el castigo inquisitorial de la madre. Ahora bien, en la reconstrucción ficcional de su vida, es interesante que la novela le confiere una voz propia a la protagonista, llamada Catalina de Campos en la novela, y la posibilidad de dictar su testimonio a su propia hija, Ana Ventura, personaje de ficción, la escribana elegida, luego de años de exilio y de miseria, tras escapar de su perseguidor.

La escritura como testimonio

No es *La escribana del viento* la primera novela de Ana Teresa Torres que re-crea el pasado colonial. Ya en 1992 había publicado *Doña Inés contra el olvido*, la construcción ficcional de una dama mantuana del siglo XVII que tuvo un largo pleito legal contra un ex esclavo, un liberto, hijo de su esposo, a quien este último había cedido unas tierras que ella consideraba suyas por haberlas heredado de su familia. En esta novela, Doña Inés permanece en su casa como un fantasma a lo largo de cuatrocientos años, y desde su casa sigue la historia de su familia y del país, historia que le va dictando a un escribano. Cada tanto le dice: “Escribe”. La novela se construye como un monodílogo. Doña Inés cuenta la historia siempre a alguien, mientras le pide al escribano que la fije. La cuenta a su señor esposo, la cuenta al rey Carlos III, la cuenta a gobernadores y presidentes, a figuras masculinas poderosas, pero la novela silencia la voz de ellos. Se subvierte el orden del discurso. Es la voz de la mujer, silenciada históricamente, la que se escucha a lo largo de la novela y

podemos decir que se escucha, pues aunque Doña Inés dicta, su expresión es oral. A través del escribano, se apropia de la escritura y se hace sujeto de su historia. Algo parecido ocurre en *La escribana del viento*. Esta vez la novela se construye polifónicamente, con los testimonios de las víctimas, entre los cuales aparece el interrogatorio inquisitorial que le hace el obispo a Beatriz mientras la tortura. La voz más importante es la de Catalina de Campos, que le va dictando su historia a su hija recuperada, Ana Ventura, quien se había criado con una familia de origen judío a la cual la madre había entregado para no compartir con ella su miseria. Es importante la insistencia de Catalina en dictar su historia antes de que llegue su muerte. Para ello, se adentra en la península de Paraguaná con su hija, que no conoce su origen, y tres monjas (que pronto las abandonan), donde viven un exilio radical, en un lugar desértico y aislado. Solo allí, podrá emerger la escritura para consignar la memoria de su vida.

Los testimonios de Ana Ventura, que dan paso a la voz de su madre en primera persona, se alternan con los testimonios de otros personajes como Gabriel Navarro, uno de los hermanos mayores; Magdalena Ponte, la esclava de la familia y nana de Catalina; Tomás de Ponte, el único hijo varón de los siete que tuvo Doña Elvira en su segundo matrimonio; Bernabé Díaz de Mesa, el clérigo que no se había ordenado y que fue el primer amor y el amante de Catalina, más tarde padre de sus dos hijos; David de Rocha, el médico que atendía a los torturados luego de su tormento; el escribano Diego Rodríguez Espejo; Paula de Ponte, otra de las hermanas. Llama la atención que el abuso de Pedro sobre Catalina queda siempre oculto. Solo Magdalena, la esclava, llega a enterarse.

Los distintos testimonios van entreverados con los testimonios de Catalina narrados por su hija y con diversos documentos de la época que funcionan como intertextos. Entre ellos, están los autos y memoriales dirigidos a restaurar la honra de la familia y denunciar los desmanes del obispo ante las autoridades de Santo Domingo. La justicia llegaría muy tarde, ya en la vejez de Catalina, que tiene la satisfacción tardía de escuchar un pregón en Coro, en que se da noticia de la inocencia de su madre y la restauración de su honra y sus derechos. De esta manera, la ficción novelesca construye una perspectiva intrahistórica, desde la cual las múltiples miradas dan su versión de la historia.

La historia que conoce Ana Ventura no es la historia que leemos; es solo parte de ella, aun cuando es la predominante. Cada testimonio es una mirada parcial de la historia vivida. Ninguno de los testimonios abarca todo lo que lector llega a saber. De esta manera, la estructura de la novela es fragmentaria. La Historia es la suma de las historias vividas por cada individuo, según se concibe en la novela.

Como en *Doña Inés contra el olvido*, se hace imprescindible escribir dar testimonio de lo vivido, desde la voz femenina como sujeto de su propio relato. La escritura como tema y como vehículo del testimonio se hace fundamental en la novela:

(...) Catalina sacó de la falda el paquete que le había traído Hernando. Lentamente lo desenvolvió y aparecieron muchos pliegos de papel, varias plumas, tinterillos y dos arenilleros.

-Esto es para que escribas lo que te voy a dictar.

-¿Una carta?

-Una larga carta, en efecto.

-¿Para sor Isabel de Atienza?

-Para mí.

Nunca había escuchado que alguien se escribiera a sí mismo.

-¿Y para qué escribir lo que ya sabe?

-Para que no se me olvide, ni a ti tampoco.

-¿Y por qué debo yo recordar todo eso que usted quiere escribir? (34)

De alguna manera, la novela anticipa que la historia será olvidada en tiempos futuros, pero aun así, la urgencia de escribir se transmite a Ana. Fijar la memoria en la escritura, fijar la historia vivida puede parecer un gesto inútil, pero necesario para estas mujeres de la historia. Ana, que en el relato de su madre descubre su propio origen, terminará su relato así:

Pronto moriré también pero antes de que ocurra he querido terminar este dictado de mi madre. Sé que cuando pasen los siglos, nada tendrá importancia y me convertiré en la escribana del viento. (376)

La historia de las mujeres no trasciende y Ana Ventura lo sabe. Sin embargo, hereda de su madre la urgencia de contar, de contar para sí misma, para la hija, para descubrir la propia identidad en el tránsito de escribir. El tema de la escritura como proceso es una constante en toda la obra de Ana Teresa Torres; lo encontramos, además de en *Doña Inés contra el olvido*, en *El exilio del tiempo* (1991) y especialmente en su edición ampliada en *Dos novelas* (2005), en *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999); de forma lúdica en *Malena de cinco mundos*, cuando la escritura y los archivos están fuera del alcance de las mujeres (1997). La escritura aparece contra el olvido, en pro de la memoria. La pérdida de la memoria se asocia al caos, como en *Nocturama* (2006).

El exilio

En los últimos años, buena parte de la narrativa venezolana se escribe desde el exterior. Son muchos los trabajos sobre la narrativa de los emigrantes venezolanos que escriben desde distintos países. Sus obras, frecuentemente han sido rotuladas como “literatura del exilio”. La migración venezolana se percibe a sí misma como exiliada. Su noción de exilio corresponde a lo que Michaelle Ascencio (2000) llama “exilio voluntario”. Así lo explica:

(...) hablamos todavía de exilio (y no de viaje) porque el individuo, en cierta manera, se prohíbe a sí mismo regresar hasta que cambien las condiciones que lo obligaron a partir.
(16)

Sin embargo, Ana Teresa Torres no se ha marchado del país. Continúa escribiendo en Venezuela, pero en el caso de *La escribana del viento* se hace evidente que se trata de una novela del exilio. Las claves están dadas, desde el principio, en los múltiples epígrafes que aluden al tema, como por ejemplo:

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza.
La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.

Juan Gelman (9)

Para recordar
Tuve que partir.

Cristina Peri Rossi (9)

El lugar de donde vienes es tu cautiverio.

María Fernanda Palacios (185)

Sobrevivir era escapar al destino. Pero si escapas a tu destino, ¿en qué vida te metes entonces?

Anne Michaels (185)

¿Cuál es tu más íntimo refugio?
Huir. Dejarlo todo atrás es irse hacia ningún sitio.
No hay mejor refugio que la huida, me parece.
¿Hacia dónde corres cuando lo necesitas?
No se va hacia ningún sitio cuando se está huyendo. Simplemente se corre.

Entrevista de María Ramírez Ribes a Carmen Boullosa (289)

La verdad siempre está en el exilio.

Baal Shem Tov (359)

Todos los epígrafes preceden a los cuatro capítulos titulados “La pasión de Catalina de Campos” (1, 2, 3, 4). No aparecen en los capítulos titulados “Testimonios”. Estos epígrafes van debajo de un título: “Consideraciones sobre la pertenencia”. Se presentan como importantes claves de lectura de la novela. El exilio de Catalina es primero una huida planeada por la familia. Huyen ella y Pedro a destinos diferentes, pero es en el exilio cuando Catalina se afirma como persona libre. Ella huye acompañada de su hermano Gabriel, que la lleva a La Vela de Coro con la esperanza de abordar un barco con destino a Santo Domingo. Ella, sin

reflexionarlo, pero con la contundencia de una decisión tomada, se niega a seguir al hermano y se queda en Coro. Lejos de su familia, de su identidad de joven mantuana, decide construirse de nuevo. Sin embargo, el exilio resultará ser una herida dolorosa. Luego de encontrar y volver a perder a Bernabé, de vivir como mendiga y prostituta, Catalina necesita la recuperación de la memoria. Catalina se prohíbe regresar, incluso cuando sabe que el obispo ha muerto y que la honra de su madre ha sido restaurada por las autoridades de Santo Domingo. En ese momento se exilia aún más. Se va a los desolados parajes de la península donde podrá recuperar a la hija perdida y recuperar su historia. Su manera de rehacerse es recordando, dando testimonio de quién es y de su persecución. En el exilio, Catalina se afirma como sujeto de su propia historia, habiendo dejado atrás a la sociedad que la ha herido.

Ahora bien, en todos estos epígrafes, así como en la historia de la persecución del obispo, encontramos imágenes de la actual migración venezolana: la imagen de la huida, del lugar original como lugar de cautiverio, el dolor de la partida, el encuentro con uno mismo despojado de todo lo que se era antes del exilio. La novela no solo da cuenta del presente político del país, sino también del fenómeno migratorio que ha sido una nueva etapa de la historia contemporánea venezolana, y que ya era notorio en la época en que se escribió la novela, ese tipo de migración percibida como exilio por los venezolanos que, estando fuera, se prohíben regresar. Y tienen que plantearse desde la distancia cómo redimensionar la identidad y la memoria, y cómo entregar estas a sus descendientes. En clave de historia, *La escribana del viento* nos habla del presente y nos propone la escritura para ser.

Obras citadas

Acevedo, Rubén. “Maluco. Crónica de las desesperanzas y locuras de un bufón”. *Revista Iberoamericana*, vol. LVIII, Núm. 10-161, 1992, pp. 1187-1190. <https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5102/5260>

Ascencio Chancy, Michaelle. *El viaje a la inversa (Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana)*. Fondo Editorial de Humanidades/Universidad Central de Venezuela, 2000.

Diario Las Américas. “María de Lourdes Afiuni declaró en su juicio las torturas y violación sexual que sufrió en prisión”. 2 de julio de 2015. <https://www.diariolasamericas.com/maria-lourdes-afiuni-declaro-su-juicio-las-torturas-y-violacion-sexual-que-sufrio-prision-n3200090>

Míguez, Cristina. “¿Bernabé, Bernabé!, de Tomás de Mattos”. Estudios. *Revista de investigaciones literarias y culturales*. Monográfico *Novelar contra el olvido*, año 9, núm. 18, 2001, pp. 147-166.

Pacheco, Carlos. *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*. CELARG, 1987.

Paul, Myriam. “Apuntes sobre una entrevista literaria. Napoleón Baccino Ponce de León”. *Cuentos, crónicas y croniquillas*, <https://cuentoscronicasycroniquillas.blogspot.com.co/2013/10/apuntes-sobre-una-entrevista-literaria.html>

Torres, Ana Teresa. *La escribana del viento*. Editorial Alfa, 2013.

Notas

ⁱ Dice Myriam Paul recordando una entrevista hecha al autor: “Narró Napoleón Baccino las dificultades que confrontó en su país para escribir su novela, debido a que había palabras prohibidas por la Dictadura, lo que hacía que los escritores no tuvieran libertad de expresarse, teniendo que cuidar el vocabulario que utilizaban. Es más, en esos años de la Dictadura, los uruguayos debían ir a la Policía a buscar su fe democrática, que los clasificaba en tres categorías: A) Democrática B) Dudosa C) Váyase del país” (Paul).

ⁱⁱ En cursivas en el original. Este texto forma parte de una carta dirigida por Isabel de Atienza y Carvajal, priora del convento de monjas a Catalina Campos, la protagonista, quien estuvo recluida allí.

ⁱⁱⁱ Se trata de características estudiadas por Carlos Pacheco, en su estudio *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (1987).

^{iv} La juez María Lourdes Afiuni fue encarcelada entre 2009 y 2013 por haber liberado a Eligio Cedeño, banquero que había permanecido más de dos años preso por orden del gobernante, sin que se le hubieran hecho cargos formales. El presidente ordenó en un discurso por televisión en vivo que se la condenara a 30 años de cárcel. Llegó a sugerir que la pasaran por las armas o que se cambiara la ley para aplicarle 35 años de prisión. La jueza denunció torturas y violación sexual, que le ocasionaron la destrucción de varios órganos internos durante el tiempo en que estuvo recluida en el Instituto Nacional de Orientación Femenina, entre 2009 y 2011. Fue puesta en libertad condicional en junio del 2013, meses después de la muerte del presidente Chávez, por múltiples peticiones de organismos internacionales. Ver *Diario de Las Américas*, 2015.